

**AL AMOR DE LOS ESCOMROS
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO**

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro “IDEAL” de la ciudad de Méjico, en la noche del 27 de noviembre de 1920, por la compañía de Julio Taboada y María Teresa Montoya.

Reestrenado en el Teatro Municipal de Bogotá, en la noche del 15 de octubre de 1921, por la compañía Gobelay-Fábregas. Traducido al inglés por el profesor Max Emmanuel Kahn, con el título de Out of the Ruins.

La acción en Nueva York—Época actual

PERSONAJES:
BESSIE KOSKOWSKY

FRANCIS WELTON

GRACE

Sra. KOSKOWSKY

BARONESA PRESTON

LUCY

JOHN SOROLLA

DUQUE DE WHITEHILL

Mr. KOSKOWSKY

BARON PRESTON

BARON MOORE

MAX

CRIADO

(Izquierda y derecha, las del apuntador)

La primera edición de esta obra fue publicada por la revista EL TEATRO de Buenos Aires el 12 de junio de 1922, con el siguiente prólogo:

INSTANTANEA DEL AUTOR

Por Jacinto Benavente

Yo no conocía a Luis Enrique Osorio. En Madrid recibí una comedia suya y una carta. En la carta había una arrogancia que fue de mi agrado. Como el joven Mireno en "El Vergonzoso en Palacio" de Tirso, al preguntarle: ¿quién eres tú?, respondía con firmeza: —"**No soy; seré**". Así Luis Enrique Osorio se mostraba seguro de sí mismo'

Leí "Sed de Justicia", la comedia que me envió a Madrid. Después, al llegar a Buenos Aires, le conocí personalmente, leí esta nueva obra "Al Amor de los Escombros", y después de leer una y otra, yo también me atrevo a pronosticarle: — **serás**; tienes altas ambiciones, confianza en ti mismo, nobles entusiasmos... y excelentes condiciones de autor dramático.

ACTO PRIMERO

(Galería en la residencia neoyorquina del millonario KOSKOWSKY. Escudos pintados en las puertas, a derecha e izquierda. Al foro, columnatas y tras ellas un salón elíptico; junto a la de la mitad, una armadura. En las paredes, cuadros de pintura italiana. Mobiliario arcaico. Al levantarse el telón suena dentro la orquesta. Visibles LUCY y GRACE.)

LUCY. — Muy monótono...demasiado monótono, como todas las reuniones que aquí se estilan. Todo se reduce a venias, amaneramientos y...

GRACE. — *(Irónicamente)* ¡Calla! Sería difícil idear nada más distinguido. Aquí se siente una trasladada a Versalles.

LUCY. — Yo me siento más bien trasladada a un museo de antigüedades. Por todas partes se van encontrando muebles viejos, y armaduras, y...

GRACE. — Sí, hija. Aquí vienen a parar todas las antiguallas de los remates y todos los nobles arruinados.

LUCY. — Gracias a que hoy no nos ha tomado por su cuenta la dueña de casa. No ignorará usted que cada objeto de éstos tiene su historia, una historia de nunca acabara , y la señora Koskowsky las sabe todas de memoria.

GRACE. — Dímelo a mí, que llevo varios años escuchándola. Y no creas que he dejado de ser franca con ella. Cuando el Barón Preston pretendió a Billy, la mayor de las hijas, me pidieron parecer. Yo se lo di sinceramente. Casar a una hija con un noble arruinado, es un capricho que no tiene ya ni la disculpa de ser original.

LUCY. — La verdad.

GRACE. — ¡Y hubiera sido eso solo! Pero luego nos casa a la segunda hija con un condecito italiano de mejor alcurnia y peores precedentes... Para la última esperará un príncipe heredero.

LUCY. – ¿Sabe usted lo que dicen? Que la pretende el Duque de Whitehill.

GRACE. – (**Ríe con suficiencia**). Ese será el deseo de nuestra buena amiga Koskowsky. Pero me precio de conocer al duque y ver las cosas tales como son. El Duque de Whitehill tiene muy saneada su fortuna para ponerse en pública subasta. (**Entra MAX por la izquierda. Al ver la armadura, hace un ademán de espanto, con mesurada comicidad**).

LUCY. – ¿Qué sucede?

MAX. – Que me asusto siempre que veo una de estas armaduras.

LUCY. –. – ¿Verdad que parecen fantasmas?

MAX. – No. Es que al verlas me acuerdo de los avisos que dicen: "Almacenes Koskowsky. Nada por más de una onza". Y me da vértigo pensar cuántas onzas de comestibles habrá tenido que vender Mr. Koskowsky para hacerse a estos acorazados.

GRACE. – Busque usted una idea semejante y dentro de pocos años será usted un gran capitalista. Y mientras más se acerque esa idea a la extravagancia, mayor será el éxito. Aquí tiene usted el ejemplo.

GRACE. – No hace aún cincuenta años que el primer Koskowsky llegó de Europa en un barco de inmigrantes, sin más idea que la de vender comestibles por onzas y medias onzas. En Moscú no habría pasado de ser un tendero al por menor. Aquí tiene usted al segundo Koskowsky proyectando con sus millones la construcción de una nueva Torre de Babel.

MAX. – Y emparentando con lo más granado de la nobleza europea.

GRACE. – Es la debilidad de su esposa. Es seguro que ella se dejaría inyectar sangre de un rey tuberculoso con tal de ser noble aunque fuera por procedimiento quirúrgico.

LUCY. – Esa señora equivocó el camino. Ha debido casarse con un noble que la envolviera en pergaminos.

GRACE. – Hizo todo lo humanamente posible por encontrarlo; pero los años pasan, hija. Le llegó la hora de jugar la última carta y tuvo que abdicar de sus sueños ante el primer burgués que fijó en ella la atención.

MAX. – Reconozcamos, sin embargo, que ha sabido ser práctica y hermanar unas cosas con otras. Acaricia al mismo tiempo la cadera de Mr. Koskowsky y el abdomen de estas corazas.

LUCY. – ¡Chist! Ahí viene.

(Entra la señora KOSKOWSKY por la derecha).

Sra. KOSKOWSKY. – Os noto un poco alejados del salón.

GRACE. – Ya conoces mi capricho. No me canso de admirar el buen gusto que has tenido al coleccionar tus antigüedades.

Sra. KOSKOWSKY. – Hay cosas muy interesantes, sin duda.

LUCY. – Max está encantado con esta coraza,

MAX. – ¡Valiosísima! ¡Valiosísima!

Sra. KOSKOWSKY. – El valor histórico que tiene es inapreciable.

MAX. – ¡Lástima que la hayan fracturado al transportarla!

Sra. KOSKOWSKY. – ¡Qué ocurrencia! Ese fue un lanzazo que recibió un ascendiente del Barón Preston, mi yerno, peleando contra Juana de Arco. Tiene una historia interesantísima.

LUCY. – ¡Ah!

MAX. – ¡Ah!

GRACE. – Si se registraran hoy los heroísmos de otros tiempos!... **(LUCY y MAX se retiran hacia la izquierda. La Sra. KOSKOWSKY y GRACE se sientan a la derecha).**

MAX. – No hago sino pensar y pensar en busca de una idea como la de Koskowsky, y nada se me ocurre. Sólo le pido a la suerte eso: una idea, una idea.

LUCY. – Ahora hemos tenido una de gran oportunidad. Nos hemos retirado a tiempo. Ya iba a comenzar la historia de la armadura.

GRACE. – **(Con sorpresa)**, ¿El Duque? ¿De Bessie?

Sra. KOSKOWSKY. – Sé que piensa muy seriamente.

GRACE. – No podría ser de otro modo. Bastaba que la hubiera conocido, porque de ella sí puede decirse que lo ha heredado todo de ti.

Sra. KOSKOWSKY. – Pero, ¿sabes que no quiere aceptarlo?

GRACE. – ¿Tampoco a él?

Sra. KOSKOWSKY. – Tampoco. Yo no quiero restringir en absoluto su libertad ni que ella imagine que pretendo hacerle imposición alguna. ¡Eso nunca! Pero francamente, creo que nadie le conviene tanto como el Duque.

GRACE. – El mismo parecer tengo yo... Míralos: ahí vienen. ¡Están hechos el uno para el otro!

(Un momento de expectativa. Por la izquierda aparece BESSIE del brazo del DUQUE DE WHITEHILL).

BESSIE. – Este es el cuadro de Vinci,

DUQUE – **(Se arregla el monóculo y observa parsimoniosamente. Su voz es tan aplomada como elegante)** No se necesita ver la firma. Para saber que es italiano. Y que es de Vinci.

BESSIE – Fue una gran adquisición. ¿Desea usted ver el otro, señor Duque. Esta al extremo final de la galería.

DUQUE. – Es el que me interesa más. **(Mutis del DUQUE y BESSIE por la derecha)**

Sra. KOSKOWSKY. – Vive fascinado con mis colecciones de pintura.

GRACE. – Le sobra razón.

LLCY. – ¿Has visto qué frialdad ¿Y dicen que esta enamorado?

MAX—Dicen... lo que se dice de todos los nobles que visitan esta casa.

LUCY – Y este ¿tendrá buen éxito?

MAX. – ¡Quién sabe!, . Los Koskowsky empezaron con un lema: "Nada por más de una onza". Y ahora quieren sustituirlo por otro: "Nada por menos de una corona".

LUCY. – Y esta vez quiebran.

Sra. KOSKOWSKY. – ¿La colección de porcelanas chinas? No sabes cómo ha aumentado. Ayer compré un juego de cristalerías que son un verdadero hallazgo. Pertenecieron al rey Quin-Chay-Guan. ¿Quieres Verlas? Están en la otra galería.

GRACE. – Vamos, sí. **(Mutis de Grace y Sra. KOSKOWSKY por la derecha. La música comienza de nuevo).**

LUCY. – ¿Vamos al salón?

MAX. – Todavía no.

LUCY. – Si. **(Se pone en pie).**

MAX. – ¡Lucy. **(Le da un beso a traición y la abraza).**

LUCY. – (*Se suelta mirando sobresaltada al Salón Elíptico*). ¡Ah!.

MAX. –(*Se desconcierta*).

LUCY. – (*Suelta a reír y va haciendo mutis por la izquierda*). ¿Creerás que esta vez he sido yo quien se ha asustado de veras con la armadura? Me pareció que era alguien.

MAX. – (*La sigue con manifiesta contrariedad. Al hacer mutis MAX y LUCY, se cruzan con FRANCIS WELTON y la BARONESA PRESTON. Se hacen una venia*).

BARONESA. – Desde que llegaste de Inglaterra no habías venido por esta tu casa... vi en el Times que ibas a iniciar próximamente tu temporada en Nueva York.

FRANCIS. – Sí. En el Teatro Imperio.

BARONESA. – ¿Con obra de Shaw?

FRANCIS. – No. Con un folletín de autor nuestro Es lo que pide el público.

(Entra JOHN por la derecha con servicio de champaña. Es un criado rígido como una armadura. Su serio semblante posee inmovilidad de estatua. La BARONESA Y FRANCIS se sirven y brindan. FRANCIS se queda de última para poner la copa en el charol; aprovechando un descuido de la BARONESA, deja caer una tarjeta junto a la champaña y cambia con JOHN una mirada significativa. Mutis de JOHN por la izquierda. Entra Mr.KOSKOWSKY por el foro).

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Me permite usted que la acompañe, Miss Francis?

FRANCIS. – ¡Oh! Muchas gracias, Mr. Koskowsky.

(Mutis de KOSKOWSKY y FRANCIS por el foro. La BARONESA va a salir por la derecha y se encuentra con el BARON MOORE y el BARON PRESTON).

PRESTON. – Billy: el Barón Moore, nuevo embajador de la Gran Bretaña en Estados Unidos.

MOORE. (Con un énfasis amable que usará siempre al hablar, aun para decir las palabras más triviales) Señora...Baronesa.

BARONESA. – El nombre de usted me era completamente familiar.

MOORE. – Nuestra amistad ha sido siempre inquebrantable.

BARONESA. – Me había sido imposible conocerle a usted, porque siempre que

íbamos a Londres, se hallaba usted en alguna misión,

PRESTON. – La primera vez en Rusia, la segunda en Tokio, la tercera en Buenos Aires... La vuelta al mundo.

MOORE. – Esa es la diplomacia.

BARONESA. – Con el permiso de usted, señor Barón.

MOORE. – A los pies de usted, señora baronesa. (**Mutis de la BARONESA por el foro**).

PRESTON. –Ahora hablemos los dos. Hace tanto que no confidenciamos. Siéntate aquí.

MOORE. – (**Como dictando una frase lapidaria**). Gracias.

PRESTON. – ¡Ah, mi querido Barón Moore! ¡Diez años!... ¡Han volado... ¡No te imaginas el gusto que me da verte de nuevo!... Poco has cambiado...Yo también, no te preocupes... Por lo demás, eres el mismo de siempre: metódico, reservado, ceremonioso... ¡Todo un diplomático! ¡Ja, ja, ja!... (**Le golpea la rodilla**). No insistirás todavía en aconsejarme juicio, como acostumbrabas en Londres hace quince años. Mira a dónde nos han traído tu juicio y mis locuras a la vuelta de tres lustros: al mismo sitio.

MOORE. – Ya se ve.

PRESTON. – Poco me hubieran valido tus consejos. Cuando tú recibías la primera cancillería y te ibas para Italia, lleno de representación, yo me quedaba en París sin un céntimo. Pues bien: a eso, a lo que tanto me profetizaste, al haberme quedado sin un céntimo, le debo mi bienestar.

MOORE. – No hay duda.

PRESTON. – Ya lo creo. De otro modo, los prejuicios sociales no me hubieran permitido casar con la primogénita de esta familia... Cuando conocí a los Koskowsky en el Faubourg Saint-Germain, me acerque a ellos por instinto de conservación... La vieja historia. Nuestra vacilante aristocracia europea comienza a verse en la necesidad de decirle a América: aquello de que fuiste mi lacayo, queda entre nos... Pero...en reserva. Sácame de este apuro... ¡Y entonces América se prodiga!...

MOORE. – No está mal. (**Mirando hacia la izquierda con interés**). Creo conocer a la dama que acompaña a Mr. Koskowsky-

PRESTON. – Es Miss Francis Welton, una de las más célebres actrices neoyorquinas.

MOORE. – ¡Ya!... ¿Y... a qué título visita esta casa?

PRESTON. – Es de la familia... Mi prima política... No te admires... Piensa, por otra parte, en los únicos títulos que aquí se reconocen: los títulos bancarios, que no dejan de estar al alcance de una artista tan reputada... Los nuestros. los nobiliarios, valen aún, porque han pasado a ser antiguallas, importación de artículos de lujo... Y el arcaísmo tiene en este país una admirable cotización.

MOORE. – ¿Es casada?

PRESTON. –Soltera empedernida, .. que vive a su capricho... Se ha conquistado ese derecho.

(Regresan Mr. KOSKOWSKY y FRANCIS).

Mr. KOSKOWSKY. – **(Presentando)** Mis Francis Welton... El Barón Moore.

MOORE. – ¡Tanto honor!

FRANCIS. – ¡Tanto gusto!

Mr. KOSKOWSKY. – **(Aparte a Preston).** Buena noticia.

PRESTON. – ¿Sigue bajando el marco?

Mr. KOSKOWSKY. – Algo mejor. Firmado el contrato del petróleo.

PRESTON. – Falta que lo aprueben en Sur América.

Mr. KOSKOWSKY. –Lo aprueban, lo aprueban. Los del Ejecutivo llevan un veinte por ciento.

PRESTON. – Así ya es distinto. **(Entra JOHN con servicio de champaña y se acerca primero a la actriz y al diplomático. y luego al dueño de casa).**

MOORE. – **(Sosteniendo con FRANCIS la más forzada de las conversaciones).** La vi trabajar a usted en Londres.

FRANCIS. – ¿Verdad ?

MOORE. –Sí... en Londres. **(PRESTON y KOSKOWSKY se acercan a la actriz y al diplomático, que no saben de qué hablar),**

Mr. KOSKOWSKY. – **(Brindando).** Miss Francis...

PRESTON. – Una más por usted.

MOORE. – **(Choca su copa con la de la actriz).**

FRANCIS. –¡Oh!...Gracias.

PRESTON. – (**Le recibe la copa a FRANCIS.**) Toman.

FRANCIS. – Gracias, Barón. (**Mutis de JOHN por la izquierda MOORE se retira hacia la derecha con KOSKOWSKY. FRANCIS y PRESTON quedan a la izquierda.**)

PRESTON. – Se halla usted pensativa, Miss Francis.

FRANCIS. – Quizá

PRESTON. – ¿Habría en esa champaña una mala sombra?

FRANCIS. – Tengo una pequeña preocupación.

PRESTON. – La preocupación es tan grande, que no le ha sido posible disimularla.

FRANCIS. –No, Las grandes preocupaciones son las más fáciles de ocultar. Las pequeñas son las que desesperan a veces por su misma insignificancia. Se parecen a los insectos.

PRESTON. –Hablemos de esa pequeña preocupación, Miss Francis.

FRANCIS. – ¿ Por que no?

KOSKOWSKY. – Por algo habrá oído usted decir que éste es el país de las oportunidades. (**Señalando a FRANCIS**) Se ha conquistado una posición por sí sola.

MOORE. – ¿No tiene padres?

KOSKOWSKY. – Los tuvo Francis fue educada en la opulencia, porque el padre gozaba de muy buena posición. Fue gobernador de un Estado del Sur. Se arruinó, sin embargo, en la bolsa, de un momento a otro; murió poco después. La esposa y la hija vinieron a buscarse la vida a Nueva York.

MOORE. – Fue la pobreza entonces lo que la llevó al teatro.

KOSKOWSKY. – Y la afición. Desde niña soñaba con ser artista.

MOORE. – Es una artista de verdad... Yo la vi en Londres.

KOSKOWSKY. – Hizo muy pronto su celebridad. Y por sí sola porque perdió a la madre el mismo día de su debut y quedó abandonada a sus propias fuerzas...Ya lo ve usted: con la honradez más absoluta, a la vuelta de diez años... "Ha hecho un capital".

MOORE. – Es interesante.

PRESTON. – ¿Algo muerto que resucita?

FRANCIS. – No. Fuimos tan sólo amigos. . Y eso hace mucho tiempo; doce años... Aun no había comenzado yo mi carrera. El me invitaba a cenar muy a menudo en un restaurante de medio dólar. Hablábamos de arte, de cosas por venir... El gozaba de un sueldo modesto y yo... de su generosidad, porque en ese entonces yo y mi madre veíamos a toda hora a nuestras puertas la boca del lobo.

PRESTON. – Dice usted que tenían ambiciones análogas.

FRANGÍS. –Si. El aspiraba a ser un gran escritor; yo una estrella dramática. Nuestra amistad era puramente intelectual.

PRESTON. – Esa amistad debió ser entonces muy precaria.

FRANCIS. – Nuestras relaciones se enfriaron muy pronto. Quizá él se cansó primero que yo...Después logré iniciarme en mi carrera y no volví a acordarme de él...hasta que hace pocos días...ocasionalmente...pasamos el uno junto al otro.

PRESTON. – ¿Su nombre?

FRANCIS. – No vale la pena.

PRESTON. –¿Fracasó entonces?

FRANCIS. –Risa me dio ver tan caído a un hombre que confiaba en sus propias fuerzas... Yo me sentía inferior a su lado en ilustración, en talento, en gusto, en energía... Ya ve usted: yo llegué y él...

PRESTON. – No será muy viejo.

FRANCSS. – Pasará de los treinta y seis.

PRESTON. – No debe darse por vencido aún.

FRANCSS. – ¿Lo cree usted así? Ha perdido lo mejor de su vida. Y, a juzgar por la situación en que le he visto, dudo que sean muchas sus fuerzas.

PRESTON. – ¿Podemos hacer algo por él?

FRANCSS. –;Ja, ja ja...¡Qué tontería! No vale la pena. Ya le he dicho a usted que el asunto no pasa de ser una pequeña preocupación. Diré mejor, una pequeña sorpresa. (***Pasa JOHN de la derecha al foro, con servicio de champaña***).

PRESTON. – ¿Champaña, Miss Francis?

FRANCSS. – No, no, no...Pasemos al salón más bien,

PRESTON. – Como usted guste. (*Mutis de PRESTON y FRANCIS por la izquierda. Por la derecha aparecen BESSIE y el DUQUE, mirando detenidamente los objetos de la galería*).

KOSKOWSKY. – ¿Esperamos a que regrese el criado, o vamos a tomarlo al "fumoir"?

MOORE. – Me es indiferente.

KOSKOWSKY. – Vamos allá. (*Se ponen en pie y se dirigen al foro*).

MOORE. – (*Mirando hacia la izquierda*) Es, sin duda, una mujer interesante. (*Mutis de MOORE y KOSKOWSKY por el foro*).

DUQUE. – Usted lo tomará a indiscreción mía; pero yo necesito insistir.

BESSIE. – Señor duque: le agradecería que no me hablara más de este asunto.

DUQUE. – Miss Bessie: no soy persona que se guíe por convencionalismos. Acostumbro a razonarlo todo y voy siempre muy por debajo de las apariencias. Antes de dar un paso, estudio si está de acuerdo con mi criterio. Un maduro examen de su carácter me ha llevado a la conclusión de que los dos nos comprendemos.

BESSIE. – No lo niego, señor duque.

DUQUE. – En consecuencia, no hallo qué razón pueda tener su negativa.

BESSIE. – La razón es sencilla, señor duque. Aunque es usted un amigo que aprecio de manera especialísima, en materia de amor... es distinto...Decididamente no le quiero a usted porque no.

DUQUE. – Esa no es razón.

BESSIE. – Más clara sería imposible.

DUQUE. – Miss Bessie: si yo le hubiera dicho a usted: "La quiero a usted porque sí", tendrá usted derecho para responderme: "No le quiero a usted porque no". Pero yo he razonado mucho mi determinación y sólo me convenceré de mi error si usted me demuestra que estoy equivocado. Es lógico, pues, que discutamos desde el mismo punto de vista.

BESSIE. – Creo señor duque, que si la razón de usted no queda satisfecha, su dignidad sí.

DUQUE. – Mi dignidad está tan unida a mi razón, que para mí lo que no es razonable, no es digno.

BESSIE. – Ya que se empeña usted tan obstinadamente en saber la razón, se la diré. Creí deber ocultarla por cortesía... No me inspira usted... Físicamente.

DUQUE. – (**Se turba por un instante**) Esa es una conclusión sin fundamento lógico...Hablemos claro, Miss Bessie, antes de que busque usted otro recurso para desconcertarme. Usted sabe la verdadera razón de su negativa y la oculta. Yo sé cuál es y eso explica mi insistencia.

BESSIE. – Es usted demasiado suspicaz.

DUQUE. – Yo sé que usted ha rechazado hasta hoy todas las proposiciones de matrimonio.

BESSIE. – Es verdad.

DUQUE. – Como entre sus pretendientes se cuentan varios nobles arruinados, estoy seguro de que usted no tiene el mismo capricho de sus hermanas: comprar un título.

BESSIE. – ¡Señor Duque!

DUQUE. – No se incomode usted, ya que me hace hablar con claridad. (**Pausa**) Yo sé que no le soy a usted desagradable... físicamente.

BESSIE. – Al menos tiene usted vanidad.

DUQUE. – No me creerá usted un cazador de fortunas.

BESSIE. – ¡Oh! No!

DUQUE. – Bien: sus constantes negativas a hombres que no se hallaban al nivel de usted, le han creado una aureola de mujer imposible, de fortaleza inexpugnable... Yo no vine a América por necesidad, sino por capricho. Hallé en usted una mujer de mi gusto y usted está segura de que puede quererme; pero se encuentra tan posesionada de su papel, que finge rechazarme para hacer más legendaria su inflexibilidad.

BESSIE. – (**Se pone en pie, ligeramente indignada**).

DUQUE. – Tan me hallo en la cierto, que usted ha perdido por completo la sangre fría.

BESSIE. – Si yo he perdido la sangre fría, usted ha perdido el orgullo.

DUQUE. – Para mi no hay mayor orgullo que no dejarme guiar por las apariencias. He descubierto sus verdaderos sentimientos, y usted se espanta de que yo los esté viendo ahora con toda claridad. Se desconcierta usted, Bessie, de que yo me cerciore ahora de manera indiscutible... que usted me quiere... lo que usted se niega a confesar por orgullo.

BESSIE. – ¡Eso no! ¡No!... ¡Se equivoca usted! ¡No!

DUQUE. – Seamos consecuentes, Bessie. Usted no se halla dispuesta a reafirmar mañana esa negativa. Seamos sinceros de una vez.

BESSIE. – Señor duque: si en algo me precio de sinceridad es en la negativa que le he dado, que le sostengo, que estoy dispuesta a sostenerle siempre. No le quiero a usted. No le quiero a usted, señor duque... Desea usted que vuelva a repetirlo? ¡No le quiero a usted! (**Entra JOHN con servicio de champaña**).

JOHN. – Los señores están servidos.

BESSIE. – ¿Vamos al comedor, señor duque?

DUQUE. – Vamos.

(Mutis del DUQUE y BESSIE por el foro. JOHN queda en mitad de escena, A poco aparece FRANCIS sigilosamente por la izquierda).

FRANCIS. – ¡John!

JOHN. – ¿Señora?... ¿Busca usted el camino del comedor? Es éste.

FRANCIS. – Ya sé que todos han ido allá. Por eso vengo.

JOHN. – (**Trata de retirarse**).

FRANCIS. – Si te vas, diré que me has faltado al respeto, y te haré despedir,

JOHN. – ¿Qué desea usted?

FRANCIS. – Lo que te dije en mi esquila: hablar contigo. Por precaución, permanece en actitud de ofrecerme champaña... Ante todo: ¿puedo serte útil en algo?

JOHN. – En nada. Gracias.

FRANCIS. – (**Irónicamente**) Veo que te bastas a ti mismo.

JOHN. – Sí.

FRANCIS. – Fue una desaparición la tuya! Creí que hubieras muerto..

JOHN. – Seguimos rumbos muy opuestos... Además, cuando te iniciaste en tu carrera, te sentiste en un medio superior al mío, no te volviste a ocupar de nuestra amistad.

FRANCIS. – No te quejes. Tú no me querías ya.

JOHN. – Pero no creo que nos hallemos en sitio a propósito para esta conversación. Soy aquí un criado.

FRANCIS. – Por lo mismo que el sitio no es a propósito, me agrada. Nada tan de mi gusto como todo lo que rompa la monotonía.

JOHN. – Alguien puede venir.

FRANCIS. – Todos han ido al comedor. Es difícil que me echen de menos. Nada tiene, además, de particular hacer preguntas a un criado sobre las objetos de esta galería a detenerlo para pedirle una copa de champaña. (**Le presenta una copa vacía**). Hazme el favor.

JOHN. – (**Sirve**)

FRANCIS. – Confiesa que no me querías ya. Habías logrado lo que deseabas, lo que todos los hombres buscan en sus aventuras amorosas.

JOHN. – Te quería, Francis.

FRANCIS. – (**Mofándose**) ¡Ah! ¿Sí?...

JOHN. – Pero te envaneciste demasiado, como todo el que triunfa en la vida.

FRANCIS. – Reconozcamos, sin embargo, que el triunfador debías haber sido tú. ¡Tenías tanta confianza en ti mismo!...

JOHN. – No siempre es la fe la que nos lleva al triunfo. Más fácilmente nos inclina al fracaso. Ya confiaba demasiado en mí mismo para dar un paso adelante si era preciso hacer la menor abdicación.

FRANCIS. – Y acabaste por abdicar de tus sueños.

JOHN. – Los sacrifiqué a algo que para mí es superior al aplauso de los hombres: el triunfo de la dignidad. Todas las ocasiones de prosperar me obligaban a prescindir de ella; y yo las dejaba ir, porque mi mérito había de imponerse por sí solo... Corrieron los años en tanto. Al principio, mientras tuve aliciente, luché...

FRANCIS. – Después, la lucha te venció.

JOHN. – Vi el triunfo demasiado mezquino y comencé a desfallecer, Después... lo vi inútil y quedé estancado... Me dejé llevar por la corriente, sin más deseo que el de hallar quietud y tranquilidad. Y como en este mundo hay que luchar hasta para permanecer estacionario, fui bajando por todas las esferas sociales... Y como la vida es un círculo vicioso, un día, en mi caída, tropiezo contigo, que subes...

FRANCIS. – Creerás, entonces, que mi carrera ha sido una serie de abdicaciones.

JOHN. – Sí. Tú triunfaste por lo mismo que desconfiabas. Aceptaste por cobardía todas las oportunidades, cualesquiera que fuesen. Luchaste desesperadamente para subir por temor a quedarte aislada en tu pequeñez. Y por eso harías muchas veces a un lado la conciencia... y hasta el gusto estético.

FRANCÍS. – Eres galante.

JOHN. – No llevo frac para estar obligado a galantearte.

FRANCIS. – Ya lo había notado.

JOHN. – Alguien viene. (***Asume su rigidez sirvientil. Un CRIADO atraviesa el Salón Elíptico***).

FRANCIS. – No. Pasó un criado tan sólo por el salón. Ni nos vió siquiera.

JOHN. – Perdona que me retire. Esto es una temeridad.

FRANCIS. – Espera... Dime: y en este puesto, ¿logras en verdad vivir tranquilo? ¿Es posible que no se rebele tu orgullo?

JOHN. – Me hallo tan lejos del mundo, que así como desprecio los triunfos, desprecio también las humillaciones.

FRANCIS. – Tienes razón en decir que yo triunfé porque me sentía demasiado pequeña. Me sentía tal como era: tan diminuta como una gota de agua que no podía desprenderse de todas las otras, que apenas podía salir a la superficie, recibir un poquito de sol... Tú, en cambio, sigues viendo el mundo como si estuviera entre tus manos, como la esfera de cartón en que estudiaste geografía. Hoy que te hallas por debajo de todos, no crees haber caído, sino haber puesto con tus propias manos a la humanidad sobre tu cabeza.

JOHN. – La he puesto y vivo en paz.

FRANCIS. – ¿Y tus obras? Supongo que no habrán ido al fuego.

JOHN. – No. Se van acumulando con los años...

FRANCIS. – Oye: quisiera que pudiésemos hablar con calma. ¿Irás a mi casa mañana?

JOHN. – Con mucho gusto,

FRANCIS. – Supongo que podré leer lo que has escrito en estos años... como una excepción.

JOHN. – Si así lo deseas... (***Se oyen voces. Entran por el foro BESSIE y la señora KÓSKOWSKY***).

Sra. KOSKOWSKY. – Aquí está.

BESSIE. – La buscábamos a usted. Creímos que se había retirado,

FRANCIS. – Paseaba por las galerías. No quise ir al comedor y he aprovechando este momento de soledad para observar detenidamente los cuadros de pintura italiana.... Lo único que me ha tentado, ha sido esta copa de champaña

Sra. KOSKOWSKY. – Si usted me hubiera dicho, con cuánto gusto la habría acompañado, En la otra galería hay cuadros muy interesantes: una serie de Tintoretto, la más completa que hay quizá.

FRANCÍS. – Si usted me hace el favor de acompañarme...

Sra. KOSKOWSKY. – Por supuesto. Le mostrare también bellezas en porcelanas chinas.

(Mutis de FRANCIS y la Sra. KOSKOWSKY por la derecha)

BESSIE. – (**Severa**) John: ¿tienes algo que ver con Miss Francis Welton?

JOHN. – Nada.

BESSIE. – Ella ha venido aquí expresamente a platicar contigo. Habéis hablado largo rato.

JOHN. – Fuimos amigos hace mucho tiempo, cuando ella no había comenzado aún su carrera. Hoy me vio aquí y tuvo curiosidad de convencerse de que era yo.

BESSIE. – ¿Eso es todo? ¿No te ha hecho contraer ningún compromiso?

JOHN. – Le ofrecí ir a su casa mañana.

BESSIE. – No irás.

JOHN. – No creo que tenga nada de particular.

BESSIE. – (**Cediendo en su severidad**) Pero no irás. No quiero que vayas.

JOHN. – ¿Por qué?

BESSIE. – (**Suplicante**) No sé por qué. No quiero que vayas... (**Le pone la mano en el hombro**) Prométeme que no irás.

JOHN. – Bien; no iré. (**La besa en la boca**).

TELON

ACTO SEGÚNDO

(Terraza de un hotel de verano, Al foro perspectiva de parque. A la izquierda escalinata que conduce al hotel y a la derecha otra que baja a la playa. Sillas y mesas de mimbre. Se oye cerca el ruido del mar. De mañana).

(En escena: En primera derecha. BARÓN PRESTON y MISTER KOSKOWSKY, En primera izquierda: GRACE, BARONESA PRESTON y Sra. KOSKOWSKY. Al foro: LUCY y MAX),

BARONESA. – Está fresca la mañana. Viene del mar una brisa agradable.

GRACE. – Imposible que tuviéramos un día tan caluroso como el de ayer. No creo que haya otro igual en todo el verano.

Sra. KOSKOWSKY. – No me acostumbro a estos cambios tan violentos de temperatura. No hay como el clima de Biarritz. No sé por qué en Europa hasta el termómetro tiene maneras mesuradas.

Mr. KOSKOWSKY. – Malas noticias trae esta carta.

PRESTON. – Ese contrato petrolero, como que tiene mala sombra.

KOSKOWSKY. – Dice que el gobierno de aquel país, después de hallarse tan desinteresadamente en nuestro favor, comienza a hostilizarnos secretamente.

PRESTON. – ¿Con qué fin?

Mr. KOSKOWSKY. – Pretende desechar nuestras proposiciones para aceptar las de la compañía francesa.

PRESTON. – Se les aumenta el porcentaje. Y si no ceden, celebramos otro contrato con los revolucionarios, que parecen ser gente de mejor criterio comercial.

LUCY. – Hoy te he de tener todo el día monopolizado.

MAX. – Con tal de que me dejes mi libertad de acción...

LUCY. – No, porque abusas demasiado de ella.

Sra. KOSKOWSKY. – Pienso pasar este otoño en Italia, con mi otra hija.

GRACE. – Irás con tu esposo.

Sra. KOSKOWSKY. – No.

BARONESA. – El no podrá abandonar sus negocios.

Sra. KOSKOWSKY. – Además, yo opino que con el esposo no debe hacerse más viaje que el de bodas, y eso para rendir tributo a la tradición. Yo, aunque americana de cepa, soy muy tradicionalista. Es verdad que aquí me siento en mi país; pero en Europa... en Europa me siento en casa.

(La BARONESA PRESTON se acerca a su marido).

BARONESA. – Preston: ¿vamos a tomar el baño de mar?

PRESTON. – Todavía no. **(Entra por la izquierda el BARON MOORE y se acerca al grupo de los Preston)**

MOORE. – Muy buenos días... Señora Baronesa: a los pies de usted.

BARONESA. – Señor Barón.

Mr. KOSKOWSKY. – Querido embajador.

MOORE. – ¡Oh! ¡Mister Koskowsky!

PRESTON. – Hoy has hecho una aparición prematura! Nunca te presentas antes de la hora elegante que señala el ritual.

MOORE. – He recibido un telegrama importante .

Mr. KOSKOWSKY. – Se ha complicado en Washington algún negocio diplomático?

PRESTON. – Es seguro que no. La diplomacia nunca se complica. En cuanto se hace en ella el menor nudo, ya tienen que ir las armas a desenredarlo.

MOORE. – Es un asunto particular,.. Un telegrama del duque.

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Le ha pasado alguna novedad?

PRESTON. – ¿No se embarcó para Londres?

BARONESA. – Ya debía hallarse en alta mar.

MOORE. – Se aguarda al siguiente barco. Salió de Nueva York para acá.

PRESTON. – Debe haber llegado entonces en el expreso.

BARONESA. – **(Se acerca presurosa al grupo de GRACE)** ¡Viene el duque!

Sra. KOSKOWSKY. – Sí, oímos.

GRACE. – ¿Cuándo viene?

BARONESA. – Hoy. (*Mutis de la BARONESA por la izquierda como ansiosa de llevar a alguien más la noticia*).

Sra. KOSKOWSKY. – El pobre está enamorado de verdad.

GRACE. – Hija, si la cobardía del sexo fuerte...

MAX. – No creía yo tan de poco seso al Duque de Whitehill

LUCY. – Qué tonto me parece! Ya se sabe que Bessie está decidida a llegar a los cuarenta esperando un principado.

MAX. – Ya era hora de que se conformara con la corona ducal, porque el tiempo corre.

Sra. KOSKOWSKY. – Ya sabes que en esto soy absolutamente imparcial. Hazle tú algunas reflexiones.

GRACE. – Se las haré. Y cuenta con que la he de convencer. Aunque para mí tengo que ella está enamorada del Duque.

Sra. KOSKOWSKY. – ¿Lo crees tu así?... Pero tú comprendes que no debemos contar con la paciencia indefinida de los demás. No hay que atirantar mucho el hilo, porque....

GRACE. – Se revienta.

Sra. KOSKOWSKY. – Díselo tú así.

GRACE. – Hoy le haré más reflexiones que nunca.

(*Entra BESSIE por la izquierda y llama aparte a MR. KOSKOWSKY*).

BESSIE. – ¡Papá!

Mr. KOSKOWSKY. – (*Yendo a ella*) ¿Qué deseas?

BESSIE. – Me ha dicho Billy que viene el duque.

Mr. KOSKOWSKY. – Sí. ¿Te desagrada?

BESSIE. – No... Me es indiferente... Pero se me hace rara su determinación.

PRESTON. – ¿Qué opinas de esto?

MOORE. – Yo no se.

PRESTON. – El pobre duque, con toda su lógica, no ha sido esta vez suficiente razonador.

MOORE. – No juzguemos prematuramente.

MAX. – Dejemos al duque. ¿Vamos a tomar el baño de mar?

LUCY. – No. A la playa no voy contigo.

MAX. – ¿Por qué no?

LUCY. – (**Picaresca**) No debías preguntarlo ¿Has perdido la memoria?

MAX. – Di por qué.

LUCY. – (**Zalamera**). Porque no sabes cómo se debe tratar a una dama.

Sra. KOSKOWSKY. – Llámala tú. Yo voy en tanto a hablar con mi marido.

GRACE. – Cuenta con que habré de convencerla.

Sra. KOSKOWSKY. – (**Se acerca a Mr. KOSKOWSKY**).

GRACE. – ¡Beesie!

BESSIE. – ¡Ah! ¡Miss Grace! (**Acudiendo a GRACE**) ¿Qué dice usted?

GRACE. – Tengo mucho que hablar contigo. Yo sé que tú no desoyes mis consejos.

Sra. KOSKOWSKY. – Has debido salir a recibirle,

Mr. KOSKOWSKY. – Ya debe haber llegado. Venía en el expreso.

PRESTON. – Insisto en afirmarlo. El duque no ha debido volver.

MOORE. – Sí. Este viaje es poco diplomático.

GRACE. – Yo siempre he sentido por ti especial predilección. Bien sabes que, entre todos los tuyos, eres mi preferida...Hoy más que nunca. Hoy es cuando he llegado a conocerte a fondo. Envidio tu talento.

BESSIE. – Exagera usted.

GRACE. – Sé que eres modesta. Es otra de tus cualidades. Y he de pedirte perdón por haber dudado alguna vez de tu carácter... Sí; yo llegué a maliciar, quizá sugestionada un poco por la murmuración de los que te envidian, que tú querías al duque.

BESSIE. – Se equivocó usted.

GRACE. – Te creo. Ahora me convenzo de mi error. Ahora veo que has tenido talento para no dejarte sugestionar por la ridiculez de un título nobiliario.

BESSIE. – No es cuestión de títulos. Se trata tan sólo de que no quiero al duque.

GRACE. – Esas, esas palabras son las que debían estar en boca de toda mujer. Entre nosotros reina por desgracia un criterio totalmente distinto: queremos escoger, pero a toda prisa, como si la soltería fuese un inconveniente del que tuviéramos que descartarnos cuanto antes. Con ese afán irreflexivo, ¿sabes tú a dónde vamos? ¿Sabes tú a dónde vamos?

MAX. – ¿Vamos al parque ya?

LUCY. – Te he dicho que no. (*Entra FRANCIS por la izquierda en traje de montar, y se dirige al grupo de PRESTON y MOORE. Mutis de la Sra. KOSKOWSKY por la izquierda. Mr. KOSKOWSKY se une a los barones y a la actriz*).

FRANCIS. – ¡Oh! Señores.

MOORE. – ¡Miss Francis! (*Le dirige miradas lúbricas*)

PRESTON. – ¿Va usted a salir ahora?

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Va usted de paseo?

FRANCIS. –Sí, El día está muy fresco y he enviado a pedir mi caballo.

LUCY. –Ahí tienes ya a la artista iniciando la farsa cotidiana.

MAX. – ¡Y qué farsa tan complicada! Logra enredar a un tiempo a las tres plagas del siglo: el capital, el cinismo y el protocolo.

GRACE. – A ti sólo te falta una cosa para ser completa: que ingreses al club de solteras. Tú necesitas conocer a fondo los ideales que allí proclamamos, estar más en contacto con gente de tu gusto, de tus inclinaciones.

BESSIE. –Me considero completamente ajena a los programas de ese club. Yo me hallo soltera simplemente porque no he encontrado un hombre a mi gusto.

GRACE. –Tardarás mucho en encontrarlo,

BESSIE. –No importa,

GRACE. – Tú no tienes en verdad por qué precipitarte. ¡Eres tan joven aun! Y suponiendo que pasa tu juventud sin que se te presente un hombre de tu gusto, no habrá por que lamentarlo... Lo malo es obrar impremeditadamente, como yo lo hice; ¿Qué resultó? Que a los dos meses comprendí mi error y tuve que apelar al divorcio... Lo que debemos hacer es acostumbrarnos a vivir nuestra vida,

pésele a quien le pesare.

BESSIE. –En eso estamos de acuerdo.

GRACE. –¡No hay duda.! . ¿Tú crees, por ejemplo, que una artista como ésta, como Miss Francis Welton, que desecha el matrimonio para no sacrificar su carrera, y desprecia todas las murmuraciones, desconoce el amor?... ¡No!...El todo consiste en saber guardar las apariencias.

BESSIE. – Comprendo lo que usted quiere sugerirme con eso, Miss Grace.

GRACE. –Pon en práctica ese consejo. Te lo da una amiga de corazón que conoce la vida, que ha leído en el libro de la experiencia.

BESSIE. – ¡Usted se equivoca al juzgarme. Debemos vivir nuestra vida; pero no creo que sea preciso guardar nada bajo apariencias cuando no tenemos de qué avergonzarnos. Me precio de una honradez que usted no conoce cuando se atreve a decirme esas palabras.

GRACE. – Pero no te enfades. ¡No te precipites a interpretar mal!

BESSIE. – Usted ha querido insinuarme que sea una "demimondaine".

GRACE. – ¡Nunca! Me insultas con esa suposición. Repara que me estás insultando.

MAX. – ¿Vamos al parque?

LUCY. – ¡Qué insistencia! Aquí estamos bien,

MAX. – Me fastidia tanta gente.

LUCY. – Si me prometes que has de portarte como un caballero...

MAX. – Te lo prometo.

LUCY. – Vamos, pues. (**Mutis de LUCY y MAX por la derecha. Entra por la izquierda la BARONESA PRESTON y se dirige a su esposo**).

BARONESA. – Acaba de llegar el duque. (**BESSIE y GRACE se acercan al grupo de los demás, de suerte que todos los que están en escena quedan reunidos**).

FRANCIS. – ¿El duque de Whitehill? ¿Viene? Le despedía la prensa para Londres.

MOORE. – Ha transferido el viaje. (**Entra la Sra. KOSKOWSKY a toda prisa por la izquierda**).

Sra. KOSKOWSKY. – El duque viene para acá.

Mr. KOSKOWSKY. – Sí. Allí viene.

PRESTON. –Ya nos vio. **(Le hacen señas y saludos y le baten pañuelos. Confusión de voces. Todos van haciendo mutis por la izquierda, menos FRANCIS y PRESTON).**

PRESTON. – ¿No viene usted con el duque?

FRANCIS. – No. Sigo a dar mi paseo. Pero antes quiero hablar con usted.

PRESTON. –Todo lo que usted guste.

FRANCIS. – No tengo cómo manifestar a usted mi agradecimiento por el pendiente. No me fue preciso ver su tarjeta. El nombre de usted estaba en el buen gusto del regalo.

PRESTON. – Para que haga juego con los aretes de la embajada.

FRANCIS. – ¿Qué dice usted?...

PRESTON. – Que con usted no hay diplomacia que valga. Lo he sabido ocasionalmente por el joyero. Ustedes los ingleses —me dijo—, tienen el mismo gusto. Los aretes que hacían juego con este pendiente los ha tomado el señor embajador de la Gran Bretaña.

FRANCIS. – Ha sido una prueba de admiración artística.

PRESTON. – Sí, he notado que lo está aficionando a usted a la escena. Y él sabe hacerlo sin deponer su dignidad clásica. Ayer compró las obras completas de Shakespeare.

FRANCIS. – Usted siempre el mismo, siempre el mismo.

PRESTON. – Perdone usted. Voy con el duque. Podrá extrañar.

FRANCIS. – Hasta luego... ¡Ah!... He olvidado mis guantes... Los dejé en el vestíbulo. ¡Torpe de mí!... ¿Podría usted hacerme el favor de enviármelos con su criado?

PRESTON. – En seguida, Miss Francis, **(Mutis de PRESTON por la izquierda. Un momento después pasan de derecha a izquierda MAX y LUCY).**

LUCY. – No quiero que me acompañe usted.

MAX. – Pero, Lucy

LUCY. – ¡No me hable usted!

MAX. – Escúchame.

LUCY . – Usted no es un caballero.

MAX. – Pero, Lucy... **(Mutis de LUCY y MAX por la izquierda. Se cruzan con JOHN, que entra llevando en la mano unos guantes de montar).**

JOHN. – Te envía esto el Barón Preston.

FRANCIS. – Los he dejado intencionalmente para que tú me los trajeras. Tuve que apelar a ese recurso para hablar contigo, porque he notado que me huyes.

JOHN. – ¿No comprendes que eres temeraria?

FRANCIS. – La temeridad me seduce siempre. Ha sido la clave de mis triunfos.

JOHN. – Pero, ¿no piensas que en este caso puede perjudicarte? Poco favor te hará que alguien llegue a enterarse de nuestras relaciones.

FRANCIS. – No lo creas. La estimación hacia los criados ha llegado a hacerse tan frecuente, que ya no es motivo de escándalo. **(Pausa)** John: eres cada día más huraño conmigo. Parece que me temieras.

JOHN. – Es verdad, Francis. Te temo. Desde que te encontré de nuevo, mi tranquilidad vacila. Vienes a importunarme con tus ambiciones, a querer contagiarme de ellas.

FRANCIS. – He leído tus dramas, John. Me agradan mucho, mucho. Creo que lograrían muy buen éxito en Broadway.

JOHN . – Eso nada me importa,

FRANCIS. – Sí deseas recomendaciones, quizá yo pueda serte útil.

JOHN. – Te he dicho que no muchas veces. No quiero nada con la publicidad ni deseo entrometerme en intrigas de bastidores.

FRANCIS. – ¡Es una lástima! Quitándole algunos conceptos "demasiado atrevidos", podrías alcanzar con ellos una gran reputación.

JOHN. – Me importa muy poco el concepto en que hayan de tenerme los demás. No merece las preocupaciones y exigencias que trae consigo. Prefiero llevar librea en el cuerpo y no en el criterio.

FRANCIS. – Estás en un error. Lo que tú tienes es una desilusión pasajera. Tu excesivo amor propio se ha resentido al ver la realidad tal como es. Acabarás por aceptarla.

JOHN. – ¿Qué capricho es el tuyo de obligarme a seguir tus pasos? ¿Qué importa a nuestra amistad que tú vivas en tu mundo y yo en el mío?

FRANCIS. – ¿Qué dirías si yo me ofreciera en persona a interpretar una de tus obras en el próximo invierno?... "Los Cuatro Fantasma" es la que más me agrada... la más teatral. ¿Querías?...

JOHN. – No.

FRANCIS. – No creas que aún es tarde para hacer carrera. No has perdido el tiempo. Además, aquí estoy yo para ayudarte.

JOHN. – No, Francis. Es demasiada la repugnancia que me inspira la lucha por la vida.

FRANCIS. – No es poca tu obsesión.

JOHN. – Lo que tú te has propuesto es jugar conmigo.

FRANCIS. – No seas niño.

JOHN. – Sí. Todo esto no es más sino una celada que te has propuesto tenderme, cediendo a un sentimiento bajo: la envidia.

FRANCIS. – (**Con ironía insultante**) ¿Envidia, dices?

JOHN. – Sí. Hallas, como siempre, que soy superior a ti. En tu carrera te has acostumbrado a que todos te rindan pleito homenaje. Y como me ves despreciar lo que tanto trabajo y tantas abdicaciones te ha costado adquirir, lo que tanto te enorgullece, y has comprendido que mi misantropía está por sobre tus méritos de artista y de mujer, se ha rebelado tu egoísmo y quieres hacerme descender a tu nivel. Confiesa que mi fracaso te ofende.

FRANCIS. – ¡Quién sabe si eres tú el que envidia! El orgullo te ha traído al ascetismo; y es tal tu amor propio, que, para no desesperarte, te empeñas en creer que esa chaqueta galoneada es una superioridad.

JOHN. – Con tu permiso.

FRANCIS. – No te retires. (**Enérgica**) ¡Lleva estos guantes! ¡Este látigo! Y ven a tenerme el estribo, como probablemente te ordenó el Barón Preston.

JOHN. – Con mucho gusto. (**Mutis de FRANCÍS y JOHN por la derecha. Entran por la izquierda BESSIE y el DUQUE DE WHITEHILL.**)

DUQUE. – Mi viaje ha sido motivado por el deseo de hablar una vez más con usted.

BESSIE. – No creo ser aquí la única persona con que ligan a usted lazos de

amistad.

DUQUE. – Evitemos rodeos, Miss Bessie. He venido a insistir en mis pretensiones antes de regresar a Londres.

BESSIE. – Señor Duque: esto, en usted, es ya algo más que irrazonable; es ridículo.

DUQUE. – Júzguelo usted como quiera; pero le aseguro que no obro impremeditadamente. Ya le demostraré a usted que este nuevo paso ha sido el resultado de una profunda reflexión.

BESSIE. – ¿Se toma usted el trabajo de seguir en razonamientos sobre una cosa tan sencilla? Reconozcamos, señor duque, que con sus pretensiones de hombre de gran criterio, no intenta usted sino disculpar una debilidad de carácter.

DUQUE. – Bien: yo no me enfado por tales suposiciones. Ahora, si usted me ofrece la reciprocidad y no se enfada con las mías, le expondré a continuación las razones que me han traído de nuevo al lado de usted.

BESSIE. – Estoy dispuesta a escuchar.

DUQUE. – Bien: yo no he dejado de creer que usted insiste en representar su papel de mujer imposible, superior a la naturaleza.

BESSIE. – Siga usted. No me enfado.

DUQUE. – Ya el mundo se ha ocupado bastante del desaire que he sufrido, y yo procuraré agigantarlo para satisfacer la vanidad de usted. Su negativa dio tanto qué decir, que los comentarios invadieron hasta el campo de la sociología, y no ha faltado una revista ilustrada que tome el caso como base para demostrar la decadencia de Europa. Creo, por lo tanto, que su vanidad está satisfecha. Ahora bien; si aún no lo está, confíeseme usted su capricho y me comprometo a hacerlo todavía más legendario. Sólo deseo que diga usted la verdad. Nuestro amor será un secreto todo el tiempo que usted desee. Lo importante es que, amándola yo a usted y queriéndome usted a mí, no pongamos entre los dos un absurdo prejuicio.

BESSIE. – ¿Ha terminado usted?

DUQUE. – Sí.

BESSIE. – Entonces, si sólo ha venido usted a echarme ese largo discurso, puede regresar ahora mismo a Nueva York.

DUQUE. – Miss Bessie: la frialdad de su respuesta me ha despejado la inteligencia. Ahora mi razón se equilibra. He llegado al fin a comprender por qué me rechaza usted. Ahora apruebo su conducta.

BESSIE. – (*Alarmada*). ¡Eh! ¿Qué dice usted?

DUQUE. –No necesita usted sobresaltarse, porque mi penetración no ha llegado a despejar la incógnita. No está, por lo tanto, violado su secreto del todo. La verdad es ésta: usted tiene una pasión oculta.

BESSIE. – (***Riendo estrepitosamente***). Esta vez ha fallado usted de lleno

DUQUE. – No trate de disimular su turbación. No es necesario. Es un caballero quien ha sorprendido su secreto.

BESSIE. – Sea como fuere, creo que el no quererle a usted no es crimen para que venga usted a desempeñar conmigo el papel de espía... Hágame el favor de retirarse.

DUQUE. – Me voy, sí. Ya regresaré a Londres tranquilo, en la certeza de que no he retrocedido por falta de cordura. Entre los dos se ha interpuesto una contradicción, y ante ella es inútil y hasta indelicado argumentar....Con el permiso de usted.

BESSIE. –Señor duque: le juro a usted que se equivoca. No le quiero a usted; pero en mi vida no hay secreto alguno. Deseo que, antes de separarnos, lo crea usted así.

DUQUE. – Sería absurdo. Usted lo niega porque desconfía de mi discreción; pero la quiero a usted demasiado para poner en su vida la menor nube que la perturbe.

BESSIE. – No es cierto, señor duque; no es cierto.

DUQUE. – Sí es. De lo contrario, usted no me rechazaría. No sólo se niega un corazón a abrírsenos cuando no sabemos llamar a él. Es inútil también a veces llamar demasiado tarde. Prométame usted ahora que si ese secreto que hoy nos separa desaparece algún día o va contra su felicidad, se acordará usted de mí.

BESSIE. – Déjeme usted sola, señor duque.

DUQUE. – Miss Bessie: ¿Podré insistir en mis pretensiones si algún día tengo la certeza de que su corazón está libre?

BESSIE. – Si... Pero déjeme usted ahora sola. ¡Se lo ruego!

DUQUE. – Su voluntad en este caso tiene para mi fuerza de argumento.

(Sale el DUQUE parsimoniosamente, por la izquierda. Pocos momentos después pasa JOHN de derecha a izquierda).

BESSIE. – John. ven aca.

JOHN. – Bessie. ¿hablabas con el duque?

BESSIE. – Si.

JOHN. – Te hallas afligida. . Comprendo: aunque lo niegues, tú le quieres y por consideración a mí tratas de ahogar ese afecto. Yo sólo he venido sacrificarte. Perdóname Bessie.

BESSIE. – No quiero al duque, aunque podría quererlo. Lo que me entristece es ver que el amor va siempre huyendo de nosotros. Cuando creemos hallarlo en alguna parte, se aleja de ahí y toma otra forma distinta, como si sólo hubiéramos nacido para ser objeto de sus burlas... Es triste,

JOHN. – ¿Quieres decir que ya no soy nada para ti?

BESSIE. – Habla sin hipocresía. Confiesa que eres tú quien se aleja de mí cada día más; que esa mujer juega contigo a su capricho y tú abusas comprendiendo la imposibilidad en que me hallo para defenderme.

JOHN. – Estoy cansado de repetirte que tus celos no tienen fundamento.

BESSIE. – Ten valor para confesar tu debilidad como yo lo he tenido para entregarme a ti. Agradéceme así siquiera lo que he sacrificado.

JOHN. – ¿Dices que no quieres al duque pero que puedes quererlo?... No creo que sea tarde para aceptar el porvenir que él te ofrece. El mismo secreto que ha habido en nuestra unión puede haberlo en nuestro divorcio. Por mi parte desde ahora eres libre.

BESSIE. – ¿Eh?

....

JOHN. – No tendrás que echarme otra vez en cara tu sacrificio ni has debido nunca entrometerte en mi vida. Pero aun no es tarde para recuperar tu libertad. Eres dueña de tus actos y yo de los míos.

BESSIE. – Ya sé lo que sucede. Yo nada te importo. Te has entregado a esa mujer.,

JOHN. – No. Eso no.

BESSIE. – Sí. Y ahora buscas un pretexto para alejarte de mí. Tú no has venido sino a valerte de la oscuridad para vivir a tu antojo. Eres como la carcoma, que va haciendo el mal por debajo de la superficie. Has logrado de mí lo que has querido y ahora pretendes irte en busca de otra presa.

JOHN. – Tú sabes que no es así. Yo no vine a mendigar tu cariño. Dejándome llevar por la corriente, en busca de mi tranquilidad, vine a dar aquí; y estando a tu lado vivíamos tan lejos como antes de que mis ojos te hubiesen visto. ¿No eras tú quien buscaba la oportunidad de platicar conmigo? ¿No me perseguías aunque yo huyera de ti? Y cuando encontraste en mí, en tan bajas esferas, lo que en tu altura no habías hallado, ¿no fuiste tú quien se insinuó, quien se me entregó voluntariamente en cuerpo y alma?

BESSIE. – Dime la verdad. Mírame a los ojos... ¿Me quieres aún?

JOHN. – Con toda mi alma.

BESSIE. – ¿Quieres a esa mujer? J

JOHN. – No.

BESSIE. –Pues si nadie me ha quitado tu corazón, vas a demostrarlo. Vamos a hacer a un lado tu cobardía. Estoy cansada de vivir este amor en la sombra como si fuera un crimen. Vamos a confesarlo a la faz de todo el mundo.

JOHN. – ¡No, Bessie! ¡Eso no!

BESSIE. – ¿Te da miedo?

JOHN. – Me siento tan feliz así, queriéndote sin que nadie me pida cuentas por ello, viviendo los dos un mundo nuestro, fuera de tantos convencionalismos odiosos... Tú no sabes cuántas pasiones, cuántos intereses encontrados se desencadenaran contra nosotros en cuanto nuestro amor se publique. Lo que en nuestro secreto es un mito en la sociedad levantará tormentas. Tendremos que pasar de esta tranquilidad a una lucha que puede acabar por separarnos. No me exijas eso.

BESSIE . – Es preciso, John. No creí tener más entereza que tú. ¿Cuál de los dos es el que afronta una situación más difícil? Bastante te he complacido ocultando hasta hoy lo que de buena gana hubiera proclamado a gritos hace mucho tiempo.

JOHN. . – No, Bessie; no. En nombre de nuestro cariño, no.

BESSIE . – No es sólo nuestro cariño lo que tenemos que defender, ¿Crees que nuestra misión se reduce a amarnos indefinidamente. Inútilmente? ¿No has llegado a interpretar el amor como una esperanza? ¿No comprendes? No es solo nuestro cariño lo que esta de por medio John: hay algo más.

JOHN. – (**Profundamente sorprendido**) ¿sí?

BESSIE. – ¿Lo preguntas con miedo? ¿Tanto te acobarda la vida que hasta quisieras verla estéril.?

JOHN. – ¿Es verdad?.

BESSIE. –Verdad, mi John... (**Lo abraza**) ¡Verdad. ¿Serás ahora tan cobarde que temas afrontar la verdad.

JOHN. – Bien, Bessie: la afronto. Por mi hijo sí, todo lo que exijas. Pero prométeme que por dura que sea la tormenta que se desencadene, no has de desfallecer ni desconfiar de mí; que no te importaran las humillaciones ni tendré

que deponer nunca mi dignidad por tu causa. Por tí y por él trataré nuevamente de ambicionar; pero lucharé con honradez y quiero que me jures que a mi lado irás siempre tú.

BESSIE. – ¡Te lo juro, sí...! ¡Papá!...Allí viene papa.

JOHN. – No. Todavía no. Ahora sería demasiado prematuro.

BESSIE. – Ha de ser ahora mismo.

JOHN. – ¿No comprendes que en este momento haríamos el ridículo?

BESSIE. – ¡Papá! (***Entra Mr. KOSKOWSKY por la izquierda JOHN asume su rigidez profesional y pasa inadvertido***).

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Qué quieres?... ¿No estaba el duque contigo?

BESSIE. – Se fue ya. Ha pedido mi mano otra vez y se la he negado. Todos creéis que obro así por capricho, pero estáis equivocados. La razón de mi negativa es que quiero a otro hombre.

Mr. KOSKOWSKY. – Eres libre de querer a quien te parezca....Pero, ¿de quién se trata?

BESSIE. – Aquí le tienes... Es él... ¿Por qué tiembles, John? ¿Y tú por qué te espantas, papá? ¿No soy libre de querer a quien me parezca?

Mr. KOSKOWSKY. – (***La sorpresa es tan grande que le desconcierta, y queda sin saber qué actitud tomar. Al fin opta por la ira y se dirige a JOHN***)
¡Retírese usted!

BESSIE. – No te retires. Afronta la verdad con la misma entereza que yo.

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Crees que estoy en ánimo de discutir tu extravagancia?

BESSIE. – Puede ser extravagante en tu concepto; pero quiero a este hombre y estoy dispuesta a defender ese amor contra ti y contra todo el que quiera oponerse.

Mr. KOSKOWSKY. – Basta. Retírese usted, he dicho.

BESSIE. – Y yo digo que no. O voy con él.

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Te has empeñado en que hagamos el ridículo?

BESSIE. – ¿Ridículo de qué? Tú eres quien pretendes dar a esto carácter de tragedia.

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Y crees que yo voy a permitir que lleves el mote de ese... ?

JOHN. – (*Tratando de entrar en discordia*) Mister Koskowsky.

Mr. KOSKOWSKY. – ¡Silencio!

BESSIE. – ¿Te crees con derecho a hacerle callar porque es un criado?... John: estás despedido. Eres huésped del hotel desde este instante y tienes el mismo derecho que yo y que mi padre a estar aquí... ¿Qué mote es el que dices? ¿Alguno semejante al nuestro antes de hacer fortuna? ¿No será más ridículo vivir entre armaduras oxidadas, comprando nombres para tapar el nuestro? ... Si hemos de darnos a venerar tradiciones, es absurdo acudir a las ajenas. Volvamos los ojos a las propias. Como esta es quizá la librea que llevaron muchos de nuestros abuelos.

Mr. KOSKOWSKY. – (Dominando su ira) Bien: accedo a proceder con serenidad... Es usted un huésped del hotel, John... Siéntese usted... ¿Pretende usted a mi hija?... Está bien... Y... ¿Con qué cuenta usted?

JOHN. – Yo, Mr. Koskowsky, con...

Mr. KOSKOWSKY. – ¿Con una librea? Y ¿qué es lo que usted pretende? ¿Que mi hija viva de esa librea o vivir usted de mí? Tanto lo uno como lo otro me parecería risible

JOHN. – Hoy no cuento ni con esta librea, porque me han despedido. Con lo que contaré mañana, no sé decir. Así como usted no habría podido contar hace treinta años con llegar a ser hoy un gran capitalista.

BESSIE. – Además, este no es un asunto de bolsa.

Mr. KOSKOWSKY. – (*Nuevamente iracundo*) ¡Calla! ¡Basta de insensateces! ¡No faltaba más!

BESSIE. – (*Abrazando a John*) Entonces prueba el valor de tu negativa. Si la crees suficiente argumento para separarnos, ve a la Corte y di que este hombre es mi marido hace un año; di que somos felices y entabla divorcio sólo porque a ti te parece ridículo. Tengo la convicción de que han de responderte que no hay motivo de divorcio.

Mr. KOSKOWSKY. – (*Iracundo*) Bessie: tú no estabas en el derecho de ocultar esto en mi casa, de faltar así al respeto que nos debes.

JOHN. – Ella nos los ha irrespetado a ustedes.. ¿Es falta de respeto elegir a un hombre que no ha acumulado oro porque no pudo o porque no quiso? Si el orgullo de sangre no ha sido gran obstáculo para el amor, menos podrá serlo una fortuna improvisada. ¿Quiere usted hacer acaso del oro la más rígida de las aristocracias? En ese caso no debe usted envanecerse, porque el oro no es una cualidad personal. Se puede decir que el oro es el aristócrata y los ricos son los parásitos

que viven de él. (**Pausa**) La casa de usted está llena de vejeces. Bessie ha querido poner en ella algo nuevo, algo del corazón, algo realmente... "democrático".

BESSIE. – Por cobardía consentí en callar mientras se trató de nuestro cariño solamente, pero hoy ya no somos él y yo.

Mr. KOSKOWSKY. – ¡Como!

BESSIE. – Voy a ser madre.

Mr. KOSKOWSKY. – (**Baja la cabeza, vencido.**)

BESSIE. – Y por mi hijo sabré afrontar la vida como quiera presentarse, contigo o contra ti. (**Pausa**)

Mr. KOSKOWSKY. – Bien... Ante todo es preciso evitar el escándalo. Esto ha de pasar inadvertido para todo el mundo. Luego arreglaremos lo que deba hacerse.

BESSIE. – No comprendo qué falta por hacer.

Mr. KOSKOWSKY. – No querrás que nos convirtamos en la irrisión de todo el mundo.

BESSIE. – ¿Temes a la opinión de los demás? ¿Acaso hemos hecho algo de que debamos avergonzarnos?

Mr. KOSKOWSKY. – Es indispensable guardar esto en la más absoluta reserva. John hará un viaje... Nos encontraremos en el extranjero... el niño nacerá allí...

BESSIE. – Y todo esto, ¿a qué viene?

Mr. KOSKOWSKY. – Tú comprenderás que nadie debe saber, por ti misma y por tu hijo, que tu esposo fue un criado de esta casa.

BESSIE. – Eso es precisamente lo que quiero que sepa todo el mundo. La vida sería otra cosa si todas nos guiáramos por nuestro gusto y no por el de las demás. A mi hijo le enseñaré a enorgullecerse del que fue su padre, en vez de acostumbrarlo a olvidar a sus antepasados para que se dedique a mantener noblezas venidas a menos.

Mr. KOSKOWSKY. – ¡Es que lo exijo!

BESSIE. – Y yo exijo que lo sepa ahora misma todo el mundo... ¡Barón Preston!... ¡Barón Moore!... ¡Mamá!... ¡Señor duque!

Mr. KOSKOWSKY. – Si alguien se entera de esto, ponéis los dos los pies fuera de mi casa.

JOHN. – Su amenaza es más insignificante aun que nuestra falta, Mr. Koskowsky. Olvida usted que fuera de su casa está el resto del mundo.

(Entran por la izquierda MOORE, PRESTON, EL DUQUE, la Sra. KOSKOWSKY, la baronesa PRESTON y GRACE, haciéndolo cada cual a medida que habla).

PRESTON. – ¿Qué sucede?

DUQUE. – ¿Llama usted?

Sra. KOSKOWSKY. – ¡Hija!

BARONESA. – ¿Qué pasa?

GRACE. – ¿Sucede algo?

BESSIE. – Señor duque; tiene usted razón. Hay en mi vida un secreto que estoy dispuesta a revelar en público para justificar mi negativa. Soy casada. (**Rumores y sobresaltos**). Aquí tiene usted a mi esposo señor duque.

(La señora KOSKOWSKY da un grito ahogado y cae en brazos de la oficiosa MISS GRACE. Los PRESTON acuden a sostenerla. BESSIE inicia presentaciones).

El señor Sorolla, mi esposo... El señor duque de Whitehill, un amigo mío... ¿Vacila usted, señor duque en darle la mano, porque la ve usted de librea?... No tema usted, que esa librea ya no le pertenece... Le han despedido... Además, él y usted tienen el mismo gusto. No dudo que serán muy buenos amigos.

DUQUE. – (**Se arregla el monóculo, premedita, observa a JOHN de pies a cabeza y avanza por último resueltamente, tendiéndole la mano**). Mucho gusto en conocer a usted.

TELÓN

ACTO TERCERO

(Jardín de un hotel de verano. Mobiliario de mimbre. Tarde. Han transcurrido dos años después del segundo acto. En grupo a la izquierda GRACE, LUCY y MAX)

LUCY. – Ya es excesiva la importancia que dan los periódicos al autor de "Los cuatro fantasmas". (**Hojea un diario neoyorquino**).

MAX. – Parece mentira que en dos años haya logrado hacerse a tanta

popularidad.

LUCY. – Se ocupan demasiado de él. En todas partes tropieza uno con su fotografía.

MAX. – Le han retratado en todas las posturas, en todos los trajes, desde la toga académica hasta el vestido de baño.

GRACE. – Yo siempre he sido enemiga de estas popularidades improvisadas. Es un defecto que precisa corregir en nuestra idiosincrasia. Hemos de elevar a un hombre, no por su intelecto, sino por la habilidad con que lo servilice a las clases predominantes.

MAX. – Sin embargo, "Los Cuatro Fantasma" es una obra de mérito.

GRACE. – Pero hay en ella una abdicación que la hace mediocre. El autor ha querido que la obra se cotice y la ha vestido de comerciante. Y lo que triunfó no fue la obra, sino el disfraz.

LUCY. – Quizá ni la obra ni el disfraz. Para mi, lo que llamó la atención del público hacia John Sorolla fue el escándalo de su matrimonio.

GRACE. – Y alguna otra aventura suplementaria que la murmuración no ha dejado de tener en cuenta.

MAX. – ¿Será cierto que John Sorolla y Francis Welton...?

GRACE. – Mi intimidad con esa familia me ha permitido estar muy al corriente de los acontecimientos. No olvidaréis que Mr. Koskowsky echó de su casa a la parejita romántica. y es lo cierto que, aunque vieron la boca del lobo, al poco tiempo ya se establecían en Riverside Drive con el anticipo que les enviara un empresario; y se anunciaba el futuro éxito de Francis Welton en "Los cuatro Fantasma"... Sé de muy buena fuente que ella y John fueron amigos... hace muchos años... Podréis deducir.

LUCY. – Ahí viene John Sorolla. Como siempre: solo y revisando cuartillas.

MAX. – No podía ser de otro modo. En este año lleva publicados cuatro libros.

(Entra JOHN por la izquierda, hace una venia al grupo y va a tomar asiento al lado opuesto, donde se entrega a revisar cuidadosamente sus cuartillas).

LUCY. – Es de una fecundidad prodigiosa.

GRACE. – De una fecundidad lamentable. Es una pluma que se ha dejado llevar por la corriente de nuestra gran ciudad: por la fiebre de industria. Es un término medio entre el hombre y la máquina. Su móvil no es el arte, sino la cotización; y en ese sentido, lo mismo le da escribir un poema bucólico, que un comprobante declarando que le debe su popularidad al hierro nuxado.

LUCY. – Dicen que prepara la publicación del Quinto Fantasma.

MAX. – Dada la prisa que tiene, ya podía seguirnoslos suministrando de cuatro en cuatro...

(Entra el DUQUE DE WHITEHILL por el foro, hace una venia al grupo de GRACE y se dirige a JOHN).

DUQUE. – ¿Le interrumpo a usted, señor Sorolla?

JOHN. – No, señor duque. Me ocupaba apenas de registrar estos originales que he de enviar al editor.

DUQUE. – Trabaja usted en exceso.

JOHN. – Estoy habituado a ello. Tanto, que lo hago mecánicamente; y sin embargo, nunca voy al día en mis compromisos.

DUQUE. – Para hacer obra de arte, le convendría a usted trabajar más reposadamente.

JOHN. – Mi obra de arte ya no existe. La belleza riñe con esta popularidad de que hoy necesito para sostener mi posición. Tal vez fui artista en otro tiempo, cuando tenía derecho a ser sincero. Si tratara de serlo hoy día, todos se volverían contra mí para reducirme a la nada. Cuando vivimos de la sociedad somos una ruedecilla condenada a girar sobre un mismo eje y con la misma rapidez.

DUQUE. – Hay en eso un gran fondo de verdad... Quisiera, no obstante, argumentarle... Pero, pasando antes a otro asunto: ¿Cómo sigue su señora esposa?

JOHN. – Se halla hoy muy decaída. Desgraciadamente, la enfermedad la agota cada día más. Ahora se halla al cuidado de un nuevo facultativo que se compromete a curarla...Pueda ser... No pierdo la esperanza...Y, ¿su señora esposa, cómo esta, señor duque.

DUQUE. – Muy bien, gracias.

JOHN. – ¿Parten ustedes al fin para Londres.

DUQUE. – Ella desea que terminemos aquí la estación veraniega.

GRACE. – No creáis. El duque no ha abdicado de sus pergaminos.

MAX. – Eso creo yo. El orgullo de estirpe es el más arraigado de todos los ultra conservatismos.

GRACE. – El duque es tan sólo un hombre práctico. Ha venido a América como

todo inmigrante que posee cualquier habilidad, a improvisar fortuna. Unos son zapateros, otros barrenderos...

MAX. – El era un noble. Tenía la mejor de las profesiones.

GRACE. – Creíamos que venía a nuestro país por un capricho de turismo, porque todos ignorábamos que le amenazaba una quiebra fraudulenta.

LUCY. – ¿No era rico?

MAX. –Al poseer una gran fortuna, no hubiera hecho tan a maravilla su papel de aristócrata democratizado.

LUCY. – Entonces la democracia le sirvió de recurso.

GRACE. – La prueba es que, como buen inglés, no se dio por vencido hasta no coronar su propósito. A la primera elegida se la arrebató un criado, a la segunda una epidemia. La tercera vez aún estuvo a punta de que le hiciese fracasar un accidente auto mobiliario. Hoy ya hizo fortuna, y como el zapatero, como el barrendero, regresará a su país, a su núcleo, a sus prejuicios, dejando este mundo a sus espaldas como una pesadilla.

MAX. – Sea como fuere, ahí tiene usted dos hombres que han sabido explotar una idea: Lo que yo busco hace tantos años: ¡Una idea! El uno se casó bien gracias a que era noble y el otro gracias a que era criado. Yo pensé que el secreto estaba, por lo tanto, en el matrimonio, y me ha resultado una pésima evolución.

LUCY. – ¡Pues divórciate! ¡Bastante deseo tengo yo! No eres el único hombre con quien se puede contar

GRACE. –No comencéis.

DUQUE. – Le dejo a usted. No quiero interrumpirle por más tiempo.

JOHN. – ¿Va usted a la playa?

DUQUE. – Sí. Mi mujer está allí y es "lógico" que la acompañe. (*Mutis del DUQUE por la derecha*).

LUCY. – ¿Vamos a la playa?

MAX. – Ahora no. Ve tú sola si quieres.

LUCY. – A todas partes he de ir yo sola. Ya no quieres acompañarme ni a la playa.

MAX. – He dicho que no voy.

LUCY. – Lo que quieres es marcharte al salón a encontrarte con "alguien", Pero

acuérdate que para ir a la Corte no hay que tomar sino un vehículo.

MAX. –Tómalo ya. Es la mejor idea que se te puede ocurrir. (**Se levanta impetuosamente. Mutis de MAX por la izquierda**).

LUCY. – (**Levantándose**). Esta vez si me divorcio, Miss Grace, me divorcio.

GRACE. – (**Levantándose**). Es lo mejor que puedes hacer, hija. Yo me divorcie a los seis meses y me parece que soporté la carga demasiado tiempo.

(**Van saliendo por la derecha. GRACE se queda atrás y en tanto que LUCY hace mutis, tropieza junto a JOHN y deja caer un libro que lleva en la mano. JOHN se apresura a levantarlo**).

GRACE. – ¡Oh! No se moleste usted,

JOHN. – No tenga usted cuidado.

GRACE. – ¡qué casualidad! Son "Los Cuatro Fantasma"...Usted no ignorará, sin embargo, que soy su lectora y admiradora más asidua... Pero, ya que ha tenido la suerte de caer en sus manos, quiero completar el mérito de la obra con su autógrafo.

JOHN. – Con mucho gusto. (**Escribe**) Perdonará usted si soy demasiado sincero, pero no puedo menos con la secretaria en propiedad de un club de solteras.

GRACE. –¡Oh! ¡Mil gracias! Es mucho para mí... No esperaba tanto... Bien: le dejo a usted. Ya le he importunado bastante...

JOHN. – Hasta luego. (**Mutis de GRACE por la derecha. JOHN Continúa revisando sus cuartillas. Mr. KOSKOWSKY y la Sra. KOSKOWSKY aparecen por la izquierda**)

Mr. KOSKOWSKY. – Perdona que te interrumpamos.

Sra. KOSKOWSKY. – ¡Un momento!

JOHN. – Por supuesto.

Sra. KOSKOWSKY. – Díselo tú. Es mejor que yo calle, porque temo hablar demasiado.

Mr. KOSKOWSKY. –Acabo de tener una conversación con el médico.

Sra. KOSKOWSKY. – La vida de Bessie está en peligro y la culpa es de usted...

JOHN. – Señora...

Sra. KOSKOWSKY. –. (**Exaltándose**) Sí. A nadie se le oculta que usted es un

"parvenú", un farsante que se ha valido de mi hija para hacer fortuna y ahora sólo pretende acabarla de sacrificar,

Mr. KOSKOWSKY. – Calma, que esto a nada conduce.

Sra. KOSKOWSKY. – Y si muere mi hija, no ha de faltar una ley que reconozca la culpabilidad que usted ha tenido en ello,

JOHN. – No se precipite usted. Antes de pasar al abogado, acabe de explicarme el diagnóstico del médico, porque estoy aún a oscuras.

Mr. KOSKOWSKY. – Calma, he dicho... Es el caso, John, que la salud de Bessie se halla en un estado tal, según opinión del médico, que la menor emoción inesperada puede traer fatales consecuencias. Esto me obliga a llamarte la atención respecto a tus deberes domésticos, por si acaso no andas muy cumplidor de ellos... Ha llegado a hacerse muy popular la murmuración, bien o mal fundada, de tus relaciones con Miss Fancis Welton.

Sra. KOSKOWSKY. – Y tanto usted como ella son unos oportunistas,

JOHN. – Tanto yo como ella y como usted señora. Este es el país de las oportunidades.

Mr. KOSKOWSKY. – Calma, he dicho.

Sra. KOSKOWSKY. – Tu calma es lo que ha venido a traer las cosas a este extremo.

Mr. KOSKOWSKY. –Déjanos solos. Vete.

Sra. KOSKOWSKY. – Será lo más prudente. Hay en verdad situaciones que pueden obligarla a una a reñir con la cultura. (***Mutis de la Sra. KOSKOWSKY por la izquierda***).

JOHN. – Ahora podemos entendernos.

Mr. KOSKOWSKY. – No creas que vengo a hacerte cargos de ninguna clase. Veo los hechos con toda imparcialidad. Sólo quiero decirte una palabra: "prudencia". Díme ante todo, pero no de yerno a suegro, sino de hombre a hombre, contando con que la verdad no ha de espantarme Tu matrimonio con mi hija, ¿fue un cálculo?

JOHN. – No.

Mr. KOSKOWSKY. – Confiésame la verdad, que no he de censurarte. Yo veo la vida tal como es; he sobresalido lo mismo que tú y qué que la lucha nos obliga a emplear toda clase de recursos.

JOHN. –Le doy a usted mi palabra de caballero de que con su hija me casé por

amor.

Mr. KOSKOWSKY. – Otra pregunta: ¿la quieres aún?

JOHN. – Sí.

Mr. KOSKOWSKY. – Comprendo. Tu aventura con Miss Francis es tan sólo un pasatiempo. No lo repruebo como tal; pero, en cambio, te insinúo que tengas presente tu deber para con mi hija y no des motivo a murmuraciones que habrán llegado a sus oídos y son quizá la causa de su gravedad . . No negarás tus relaciones con Miss Francis.

JOHN. – No.

Mr. KOSKOWSKY. – Ni te las censuro. Lo que critico es que no sepas guardar las apariencias, sobre todo en un caso como éste, en el cual está de por medio la vida de mi hija...Muy entre nos, no me creas un fiel observador de la fidelidad conyugal. De poco me hubiera servido acumular una fortuna si no pudiera vivir la vida a mi antojo. Pero yo sé fingir y tú no... Tal vez has encontrado en esta murmuración un medio de aumentar tu celebridad. En otras circunstancias nada importaría, porque Bessie hubiera podido apelar al divorcio; pero ahora todo está contra ella y sería una ingratitud de tu parte que abusaras de esa situación... No hay para que hablar más. Mi hija se halla en peligro, su vida está en tus manos y yo vengo a pedírtela.

JOHN. – Mr. Koskowsky tiene usted razón de aquí en adelante será otra mi línea de conducta.

Mr. KOSKOWSKI. – Ahora, dime. ¿la esperabas hoy?

JOHN. – No. Por el contrario, Habíamos acordado no vernos aquí en el hotel.

Mr. KOSKOWSKY. – Pues aquí está. ¿Lograras hacerla regresar?

JOHN. – Hoy pondré fin a todo.

Mr. KOSKOWSKY. – Allí viene Bessie. Lo importante es que ella no se entere de que Miss Francis ha llegado.

JOHN. – En mala hora se le ha ocurrido salir de sus habitaciones.

Mr. KOSKOWSKY. – Se lo ha prescrito el médico,

JOHN. – Vamos.

(Mutis de JOHN y KOSKOWSKY por el foro).

(Entra BESSIE por la derecha, apoyada en el brazo de la BARONESA PRESTON).

BESSIE. – ¿No está aquí John?

BARONESA. – Bajo probablemente a la playa.

BESSIE. – Llévame allá.

BARONESA. – No. Siéntate aquí. Descansa un momento.

BESSIE. – Hazle venir entonces... (**Se sienta**) ¡Qué bien se respira aquí!

BARONESA. – ¿Sigues nerviosa?

BESSIE. – No; pero siento desasosiego. , ¡Qué color tan raro tiene el mar! ¿O será debilidad en la vista?... Sí... ¡Ay! Se me va la cabeza.

(**Entra el DUQUE por la derecha**).

DUQUE. – ¿Cómo se siente usted hoy, señora?

BESSIE. – Un poco decaída... ¿Viene usted de la playa?

DUQUE. – Sí, señora.

BESSIE. – ¿Mi marido estaba allá?

DUQUE. – Lo dejé aquí hace pocos momentos.

BARONESA. – Habrá vuelto al hotel.

BESSIE. – ¿Quieres llamarlo?

DUQUE. – ¿Ustedes vienen del vestíbulo?

BARONESA. – Sí, señor.

DUQUE. – ¿Vieron ustedes allá a mi esposa?

BARONESA. – No. Pero si la encuentro ahora, le diré que usted la busca. (**Mutis de la BARONESA por la izquierda**).

DUQUE. – ¿qué mira usted?

BESSIE. – Aquel barquito que se da a la vela... Tan alegres que se ven en la playa siempre, presos entre sus amarras... Cuando yo era pequeña, me divertía mucho entrar en ellos y levantar las velas al viento y creer que navegaba... Y el barquito se sacudía como deseoso de romper el ancla, y yo me deleitaba creyendo hallarme en alta mar... Pero cuando los sueltan y se van... ¿no es verdad que tienen algo triste?...

DUQUE. – Es un barco pescador. (**Pausa**)

BESSIE. – ¿Es verdad que regresa usted a Londres, señor duque?

DUQUE. – Sí, señora. A fines de la estación.

BESSIE. – ¿Piensa volver a América?

DUQUE. – Por el momento, no, señora. (**Pausa**)

BESSIE. – Ayer tuve el gusto de ser presentada a su esposa.

DUQUE. – Un honor para ella.

BESSIE. – Por lo poco que hablé con ella, pude apreciar lo acertado que anduvo usted en su elección.

DUQUE. – Muchas gracias por ella... y por mí.

BESSIE. – Veo que son ustedes completamente felices.

DUQUE. – Es "lógico". (**Pausa**)

BESSIE. – Mire usted qué lejos está ya el barco...No sé por qué me parece tan triste. Parece que fuera al naufragio.

(Quedan mirando hacia el mar. Entra JOHN por la izquierda).

JOHN. – ¿Me necesitas?

BESSIE. – Quería que me acompañaras.

JOHN. – Estás muy pálida.

DUQUE. – Un poco. Quizá le hace a usted daño la brisa del mar.

BESSIE. – Por el contrario: me repara las fuerzas.

JOHN. – ¿Qué miraban ustedes?

DUQUE. – Aquel barquito que se pierde casi en la línea del horizonte... Permítame usted su binóculo... Mírelo en esta dirección.

JOHN. – No lo distingo... ¡Ah, sí!... (**Le pasa el binóculo al duque**).

DUQUE. – Los árboles estorban. Voy a verlo desde la playa. Me ha llegado a interesar.

(Mutis del DUQUE por la derecha. Así que él desaparece, BESSIE baja la cabeza y comienza a sollozar suavemente).

JOHN. – ¿Por qué lloras, Bessie? ...Acaso yo he sido en tu vida una triste fatalidad... Tú hubieras podido ser feliz con él. Quizá le querías y te negaste a abandonarlo, no por mi, sino por nuestro hijo. Como por desgracia ese hijo no nació, hoy me aborrecerás.

BESSIE. – ¿No hubieras podido tú también hacerme feliz?

JOHN. – ¿Es esto una acusación?

BESSIE. – Sí. John. Yo pude ser feliz contigo y tú no lo has querido te entregaste de lleno a tus ambiciones y por ellas has destruido mi vida.

JOHN. – Hablas hoy así por primera vez. Yo creía...

BESSIE. – Vete si te espantan mis palabras. Llevo dos años de silencio en que he sido tu víctima y ahora quiero hablar.

JOHN. – Di lo que quieras, pero no te exaltes... Puede hacerte daño.

BESSIE. – ¿Crees que si de mi boca no ha salido una sola queja, no he tenido los ojos abiertos? ¿Qué no conozco el camino que llevas andado y no sé a qué debes tu carrera? ¿Qué no ha sido el dolor de verme anulada y tener que callar lo que me ha destrozado por dentro, lo que mató a mi hijo antes de que naciera?

JOHN. – ¿Dudas de mi, Bessie?

BESSIE. – No dudo. Sé que no me quieres. Y aún me atrevo a creer que a ella tampoco. El alma de los ambiciosos es fría, calculadora. El amor, el sacrificio, todo lo noble que hay en la vida, lo consideran tan sólo como instrumentos para hacer una fama inútil. Para ti tanto ella como yo no hemos sido sino recursos. Y yo he pasado a ser un estorbo.

JOHN. – ¡Ella! ¡Ella! ¿Quién?

BESSIE. – ¡Francis! Niega que le debes a ella todo lo que eres y que se lo has pagado. Por algo presentí desde el primer día que ella llegaba a robarme. Yo te quería, y por ti y por nuestro hijo me rebelé contra todo lo que me impidiera ser tuya; y tú, en vez de dedicarte al hogar que te di, te entregaste a ella, abusando de verme con la boca sellada para protestar, porque eso hubiera sido reconocer al mundo el error de que se me acusaba y someterme a una humillación más.

JOHN. – Si eso creías, ¿por qué has callado hasta ahora?

BESSIE. – Tuve miedo a proferir palabra. Temía que al confesarte mi pena, se desencadenara una nueva tormenta contra mí. Y el despecho contenido me desgarraba el corazón, me desgarraba el vientre... y acabó con la vida de aquel

por quien todo lo sacrificué... ¡Tú, tú fuiste el asesino de tu propio hijo!

JOHN. – ¡Asesino! ¡De mi hijo!

BESSIE. – Sí. ¡Asesino! ¡Asesino! Tus manos no estarán llenas de sangre; pero tus ambiciones están manchadas por las lágrimas que me has hecho derramar y las maldiciones que he tenido que proferir. Y sobre tu conciencia pesarán siempre como un asesinato.

JOHN. – Tienes razón, Bessie. He sido un criminal; pero por defenderte. No niego haberme entregado a esa mujer; pero ella no ha sido otra cosa, sino lo que tú dices: un recurso, un medio para salvar nuestro cariño. La realidad era implacable. Al día siguiente de sacar nuestro amor a la luz, ya se cernía la miseria sobre nosotros. Tú le tuviste miedo.

BESSIE. – Miedo no le tuve.

JOHN. – Sí. Casi, casi te arrepentiste de haber publicado nuestro amor. Yo lo comprendí todo, y en mi desesperación, sólo hallé un camino: Francis.

BESSIE. – ¿No habías podido ir a ella a pedirle que te apoyara con nobleza?

JOHN. – ¡Eres cándida! ¿Qué entendía ella de noblezas si nadie las tuvo nunca para con ella? Para triunfar en su carrera, tendría que ofrecer su boca a muchas bocas. ¿Qué mucho que ahora quisiese pagar en la misma moneda y me exigiera, para abrirme campo, lo mismo que a ella habían impuesto siempre, caprichos, amor?

BESSIE. – Que tú habías podido rechazar. ¿Eres tan débil que sólo la boca de esa mujer podía abrirte paso en la vida?

JOHN. – El triunfo honrado, tal como nosotros lo necesitábamos y con tanto apremio, nunca es posible. Y así tú te hubieras cansado de esperar, habrías echado de menos tu opulencia, maldecido de la miseria; me hubieras visto pequeño a tus ojos; y si no por amor propio, por amor a tu hijo te habrías alejado de mí llamándome inútil. Y entonces la injusta, la cruel, hubieras sido tú; y hubiera sido yo quien tuviera que morderse los labios de desesperación, renegando de ti.

BESSIE. – Y si comprendías que era así, ¿por qué no me lo confesaste?

JOHN. – Porque tú no te hubieras sometido a esa humillación.

BESSIE. – Tú la quieres.

JOHN. – No la quiero.

BESSIE. – No me mientas.

JOHN. – No la quiero, Bessie. Sólo te quiero a tí. Tú eres la única mujer que he

querido en la vida,

BESSIE. – Te creo, sí... Pero tenía tanto miedo de que fuera lo contrario, de que ya sólo quisieras pasar por sobre mí...Soy un ser inútil, lo reconozco. Mi amor nada puede darte. Con mi hijo se fue la única razón de vivir. Por lo mismo que soy una ruina, temo que me abandones; porque tu amor es ya lo único que me queda... Compadécete de mí, John.

JOHN. – Mi bien... Mi bien... (**La besa cariñosamente**) Estás fría.

BESSIE. – Abrázame... Bésame. . Más... Así... John... (**Llorando nerviosamente**). ¡Mi John.... (**Agarrándolo desesperadamente**) ¡¡Mi John!!...

(Padece una crisis nerviosa. JOHN le da a oler el frasco de sales y ella reacciona. Entran por la izquierda Mr. KOSKOWSKY y la BARONESA PRESTON).

Mr. KOSKOWSKY. – Llevas ya mucho tiempo fuera. Conviene que regreses a tus habitaciones.

BESSIE. – Estoy muy bien aquí.

BARONESA. – No. Vamos ya.

JOHN. – Debes recogerte, si.

BARONESA. – Estás muy fría. Te ha hecho daño la salida.

BESSIE. – No. Me ha hecho recobrar fuerzas (**Se pone en pie y va haciendo mutis hacia la izquierda, conducida por la BARONESA**). Ven conmigo, John.

JOHN. –Voy en seguida.

(Mutis de BESSIE y LA BARONESA por la izquierda).

JOHN. – ¿Qué hay?

Mr. KOSKOWSKY. . – Viene con intención de permanecer aquí varios días.

JOHN. – No es posible. Ni uno solo.

Mr. KOSKOWSKY. – Debes hablarle cuanto antes.

JOHN. – Ahora mismo.

Mr. KOSKOWSKY. – Allí viene. Te dejo solo.

(Mutis de Mr. KOSKOWSKY por la izquierda. Aparece FRANCIS por el foro,

dando pasitos medidos; se acerca a JOHN, que se halla de espaldas y le pone la mano en el hombro).

FRANCIS. – John.

JOHN. – Francis.

FRANGÍS. – ¿Con tanta frialdad?

JOHN. – ¿A qué has venido?

FRANCSS. – A verte.

JOHN. – Es preciso que regreses ahora mismo.

FRANCIS. – ¿Es un mandato?

JOHN. – No. Una súplica.

FRANCSS. – ¿Te preocupa la murmuración o la mala voluntad que me han cobrado tus padres políticos? A mí todo me divierte. Al escándalo le debemos nuestro renombre. Es el camino más corto para llegar a la celebridad.

JOHN. – Francis: la salud de Bessie se halla muy delicada. Ella sabe de nuestras relaciones y tu presencia aquí puede serle fatal.

FRANCIS. – Nunca he creído en la fatalidad.

JOHN. – No quiero que por nuestra culpa vaya a suceder una desgracia.

FRANCIS. – Sólo sé que te quiero y que tu cariño lo buscaré libremente cuanto lo necesite, sin reparar en estorbos. No me convence el argumento de que ante la sociedad pertenezcas a otra mujer. De la sociedad me he reído siempre.

JOHN. – ¿Estás resuelta a permanecer aquí?

FRANCIS. – Sí.

JOHN. – Entonces me iré yo. (**Va a retirarse**),

FRANCIS. – (**Enérgica**) ¡No te vas John! Tú eres más mío que de ella. Y no trates de combatir conmigo, porque soy más fuerte que tú. Así como pude hacer tu carrera, puedo destruirla cuando me plazca: y no me faltarán dinero, ni calumnias, ni represalias para hundirte. Si quieres burlarte de mí, seré ya quien se ría de ti.

JOHN. – ¿qué te propones? ¿Cometer un crimen?

FRANCIS. – No es esa mi intención, Pero si para que seas mío tenga que poner el pie sobre alguien, lo pondré. (**Pausa**)

JOHN. – Es horrible, Francis, que para vivir haya que matar.

FRANCIS. – ¿Qué remedio? La vida es así. Como no podemos crear de la nada, es preciso demoler para edificar, Construir una casa con los destrozos de otra.

JOHN. – Pero, ¿no has notado que, como todo lo nuevo está hecho de ruinas, es siempre triste, va empañado por el recuerdo de lo que destruimos?

FRANCIS. – Por lo mismo, nuestra misión es destruir de nuevo, para crear; vivir buscando siempre un más allá.

JOHN. – Pero fíjate bien en lo que destruyes, porque a veces echamos de menos muchas cosas que ya despedazamos... Hace muchos años dejé mi aldea, un pueblecito latino oculto por allá en las montañas del sur.

Eran tales mis ambiciones, que sacrifiqué a ellas el calor de la madre, del hogar... Cuando me cansé de ambicionar y quise recuperar esos afectos, ya no había hogar, ya no había madre. De aquel pasado solo encontré escombros. Acabé por huir... ¿Tú no has pensado también a veces que tu carrera está hecha sobre las cenizas de tu madre? Ella se agotó trabajando para que tú triunfaras, y su muerte el día de tu debut fue la que llamó hacia ti la atención del público. Tú, a pesar del dolor inmenso que aquella pérdida te causaba, le agradecías con un sentimiento muy recóndito, el hecho de que te abriera un horizonte... Pero, tal vez, al ser te posible, la hubieras resucitado... ¿Se te aguan las ojos?

FRANCIS. – Si.

JOHN. – Dime: ya que es preciso pasar por sobre algo, ¿por qué en vez de sacrificar a tu capricho a una mujer indefensa, no sacrificas ese capricho a una noble satisfacción, a esa nota sentimental en ti muy apegada y que la evocación de tu madre trató de despertar?

FRANCIS. – ¿Destruir nuestro egoísmo en aras del egoísmo ajeno? Eso sería absurdo.

JOHN. – Habrá en ello menos sombra de destrucción. Lo que matamos en nosotros mismos para bien de los demás, en virtud del dolor que nos causa, parece que no hubiera muerto, que se inmortaliza.

FRANCIS. – Quizá.

JOHN. – Piensa que nuestro amor es una usurpación, porque ella llegó antes que tú.

FRANCIS. – ¿Por qué ha de ser el tiempo el regulador de la justicia? Tú eres mío, eres mi obra.

JOHN. – ¿Tu única obra? ¿Y tu carrera? ¿No te basta ella para despreciar todo lo demás?

FRANCIS. – Por tí la sacrificaría. Sin ti nada me importa. Quisiera volver a ser niña, vivir otra vez en la pobreza nuestros amores.

JOHN. – ¡En qué engaño hemos vivido, Francis! Hoy no ves en la vida más objeto que nuestro cariño... ¿Recuerdas lo que sacrificamos a nuestras ambiciones?

FRANCIS. – ¡John! ¿Por qué me recuerdas ahora eso? ¡No!

JOHN. – Nos queríamos mucho y la realidad de ese amor nos asustó. Nos creímos superiores a la naturaleza en virtud de unos ideales absurdos y nos negamos a rendirle tributo... No olvido tu semblante aterrorizado cuando corriste a decirme, como quien advierte un peligro: "John: un hijo!" Yo me aterroricé también como si hubiera visto un puñal sobre mí. Y con frialdad criminal extinguimos aquello que para todos es una esperanza, la alegría de un deber cumplido, y a nosotros nos parecía un estorbo, una traba en nuestra carrera. Hoy me parece que el alma de ese hijo nos recrimina y nos dice: ¿Es esa la altura a que habéis llegado y que ahora os parece inútil sin el amor que me engendró, la que os hizo creer superhombres y negarme el derecho a vivir?

FRANCIS. – (***Acentúa la expresión trágica de su rostro***).

JOHN. – La naturaleza se ha vengado; y cuando quise dar la vida, entonces mató, volviendo contra mi segundo hijo el arma que esgrimí para defenderlo.

FRANCIS. – Por primera vez me siento cobarde. Veo la vida demasiado mezquina, demasiado inútil...

JOHN. – Te equivocas. Por primera vez te arrepientes de tus cobardías y sientes el dolor de las almas grandes.

FRANGÍS. – ¡Qué cruel es vivir!

JOHN. –Más cruel sería si no expiamos nuestra irreflexión. Es preciso que destrocemos este amor ya, antes que pasar por sobre otro cadáver.

FRANCIS. – Sí. Eso no.

JOHN. – Vete. Tengo miedo de prolongar esta entrevista.

FRANCIS. – ¿ Ya ?

JOHN. – Ya.

FRANCIS. – Pero he de verte, (***Le estrecha la mano***)

JOHN. –Comienzas de nuevo a ser cobarde... Mientras ella viva, no.

(BESSIE aparece súbitamente, sola y muy pálida, tratando de dominar su sobresalto y aparentar serenidad).

BESSIE. – Por algo me impulsó el corazón a venir.

JOHN. – ¡Y te has venido sola! No hagas locuras.

BESSIE. – ¿Qué haces aquí con esa mujer?

JOHN. – Cálmate.

BESSIE. –(**Exaltándose**) Con esa... mala mujer.

FRANCIS. – Eso no, Bessie.

BESSIE. – ¿Qué necesita usted aquí?

FRANCIS. – He venido a ver a John.

BESSIE. – ¡A mi marido!

FRANCIS. – A mi hombre.

BESSIE. – ¿Olvida usted que yo le pertenezco?

FRANCIS. – Eso nada me importa. Sólo sé decir que él me pertenece.

BESSIE. – Mentira, que por algo llevo su nombre.

FRANCIS. – Y yo llevo su corazón.

BESSIE. – ¡Falso! Dile que eso es falso, John. Váyase usted, mala mujer.

FRANCIS. –Me iré si usted así lo desea; pero con él, y después de que usted me haya dado las gracias por cuanto le he facilitado la manera de llevar el nombre de John con algún decoro.

BESSIE. – ¡Oh!... Bien, John: tú me has dicho que me quieres. Si es verdad, repítelo delante de ella.

FRANCIS. – Yo no le hago tal exigencia, porque sé que me quiere aunque no me lo diga... A veces la compasión nos obliga a mentir.

JOHN. – ¡Calla, Francis!

BESSIE. – No; que hable todo lo que quiera, para que luego respondas tú lo que debas responder. No mientas por compadecerme ni temas nada. Estoy dispuesta a escuchar la verdad serenamente. Si pierdo tu cariño, es porque no supe conservarlo. Aquí están dos mujeres que ven en ti el objeto de su vida. Di

honradamente a cuál de las dos le has mentido... Habla sin miedo.

JOHN. – (**A BESSIE**) ¿Lo dudas? A quién sino a ti puedo querer? Tú eres el amor verdadero, eres el sacrificio, eres la vida como ella debe ser.

FRANCIS. – ¡Mentira!

JOHN. – Si crees que es mentira, ¿por qué protestas? Sabe la verdad de una vez por todas: no te quiero, no te he querido nunca.

FRANCIS. – ¡ Mientes!

JOHN. – Tu no has sido para mi sino un instrumento. Tú nos arrástrate a publicar nuestro amor ante la sociedad; yo cometí la cobardía de acatarla, de mendigarle una dicha que por mis propias fuerzas había conquistado antes y que ella nunca sabe dar; y así tuve que destruir mis sueños y valerme de ti para construir con esas ruinas una realidad tan pequeña como tu corazón.

FRANCIS. – Está bien... Destruye esa realidad y vuelve a construir con tus propias fuerzas el sueño que acariciabas cuando te encontré... ! Otra librea no dejará de ser para tí el más hermoso de los sueños!

JOHN. –Aquella era limpia y era honrada. La que en este momento me quito y te tiro al rostro, esa es la que debe avergonzar.

FRANCIS. – (**Riendo sarcásticamente**) Triunfa, pues...soñador...

(Mutis de FRANCIS por la derecha. JOHN, con BESSIE en los brazos, queda emocionado, mirando en esa dirección).

BESSIE. – ¿Por qué te has quedado mirándola?

JOHN. – ¿A quién? ¿A Francís?... ¡No!

BESSIE. – ¿Qué miras entonces?

JOHN. –(Después de una pausa) El barquito de vela... ¿Ves qué lejos está ya?

BESSIE. – Apenas se distingue. ¿Verdad que es triste.

JOHN. – Muy triste.

BESSIE. – John: ¡qué tristeza tan honda la que siento!

JOHN. – ¿Por qué? ¿No sabes que te quiero?

BESSIE. – Pero tengo miedo... Como ya nada puedo darte...

JOHN. – Me das todo lo que ambiciono.... Eres para mi grande, sublime, como el desencanto. La muerte ha pasado sobre tus entrañas, pero la vida vuelve a mis sueños... ¡Verás qué dulce es soñar en un mundo más puro, sobre tantos escombros.

TELÓN